

## EL ECO DE CARTAGENA.

Sábado 21 de Febrero de 1880.

## LA MARINA DE GUERRA.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

XII

Dijimos que el contrabando marítimo comenzó á hacerse temible, desde que se dió á trabajar por cuenta propia, es decir: desde que le cesó la protección que gozaba, con agravio de la moral y de las leyes.

Desde que tuvimos Américas, la España pudo ver en el brillo mismo de sus riquezas el más poderoso de sus enemigos; el oro de la nueva ofir destumbó á los espíritus esclavos de la codicia; y á la sombra de nuestras comerciales restricciones, hallaron lozana vida el fraude y el monopolio extranjero, plantel inagotable de piratas. Y cuando se puso formal empeño para cegar estas vías, por las cuales el oro de nuestras colonias iba á derramar en extrañas arcas, la reina Isabel de Inglaterra se encargó de abrir otras más anchas; alzó los límites á la inmoralidad; sancionó la ley del indiferentismo para todo lo que fuera guerra al comercio español, y desde entonces el robo y el pillage tuvieron su razón de ser. Los papeles se trocaron; y viéronse á los que antes se ejercitaban en el tráfico ilícito, en árbitos del Atlántico, y á nuestra marina mercante haciendo la vida propia del contrabandista.

El tratado de Vervins no fué otra cosa que la sancion legal de ello. En él, Enrique IV y Felipe IV pactaron que los buques franceses y españoles quedaban en libertad de hostilizarse fuera del trópico de Cáncer al S. y del meridiano de las Azores al O. respetándose como buenas las presas que mutuamente se hicieran, como si estuvieran en guerra abierta; y sin que esto fuese motivo para considerar quebrantada la paz ajustada entre ambos reinos. Y á estas líneas, que bien pudiéramos llamar las divisorias de la vida y de la muerte, se les bautizó ostentosa-mente con el nombre de *líneas del recinto de las amistades*; sarcasmo el más cruel que pudiera lanzarse á la naturaleza de este afecto, así como á la moralidad y al recto sentido.

Lo que no hemos podido saber, ni en sano juicio adivinar, es el espíritu que presidiera para sentar cláusula tan extraña, *qui generis* en los tratados de paz; ni hay para que intentarlo, tratándose de un hecho, que por su misma índole se sustrae á toda investigación en el orden político ó de la conveniencia. Para juzgarlo basta hacerlo por sus efectos.

Por de pronto, la piratería se vió

honrada con la sancion régia para poder entregarse libremente á su ejercicio, siquiera fuese en zonas determinadas, cuyos límites, por imaginarios, habian de quedar ilusorios; y gran número de aventureros de Francia, de Inglaterra y de Holanda atraviesan el Atlántico y toman posesion de los mares del nuevo mundo.

Los negociantes franceses tuvieron conocimiento por su gobierno de aquella cláusula, y numerosos armadores del Havre, de Dieppe y de Sant-Malo, entraron á escote para emprender viajes *de largo curso*. Sus buques, cargados de contrabando, no salian ya para las Indias sino armados en guerra; y si encontraban al lado de allá del *recinto de las amistades* algún navio español separado de la flota ó de los galeones, lo apresaban y conducian á Francia. Así eran estos viajes extremadamente provechosos. En 1626, un buque español, ricamente cargado, fué cogido en el espacio excepcional, y no obstante las reclamaciones de nuestro embajador, fué declarado buena presa en los consejos del rey.

A los principios, cada uno de estos aventureros trabajaban de cuenta propia, ejerciendo el despojo sobre alguno que otro buque del comercio; pero no bastando esto á llenar el receptáculo de su codicia, y huyendo, por otra parte de nuestras naves de guerra, pensaron en empresas más atrevidas, para cuya ejecucion se les vió mancomunar sus fuerzas y su arrojo, dándose á conocer en el mundo con el nombre de «Los hermanos de la Costa» ó *filibustiers*, y entonces fué cuando se hicieron más temibles.

Las expediciones comerciales entre la España y sus colonias tuvieron que hacerse periódicas; ninguna embarcacion se atrevia á salir de los puertos sino bajo la salvaguardia de nuestros buques de guerra; y esto fué motivo para que los forbantes, que poco ó nada podian conquistar ya sobre las aguas, tendieran su codiciosa mirada á las riberas del nuevo continente donde Pluto y Mercurio habian establecido su imperio.

La imaginacion se horroriza recordando las escenas de robo, de incendio y de esterminio de que fué teatro el suelo americano. Dos siglos van corridos, y aun entre los habitantes de nuestras antiguas colonias se recuerda con pavor los nombres de Legrand, Scott, Mausfield, David, Morgan, Gronigue, Barthelémy, Grane, Vandin, Miguel el Vasco, Bronage, Montanban, Graff, Vandes Horn, Nau, conocido por el Olonés, Montban, Grandmont, Drake, Canvendisfch, Pierre, Roberto, Nolot, Brulard, y Lanoue (brazo de hierro.)

Relatemos algunas de sus hazañas.

Pedro Legrand (francés) Este montaba una barca armada con cuatro pequeños cañones y veintiocho hombres de tripulacion. Despues de haber permanecido algun tiempo en el mar sin encontrar buque mercante á quien acometer, uno de los marineros colocado de atalaya avisóle de buque á la vista, pero que le parecia muy grande y armado en guerra. Con eso será mejor la presa, respondió Legrand. El buque era un navio español, á cuya presencia la reducida tripulacion del pirata quedó como sobrecogida de espanto. Seguidme y no temais, le decia su capitán; no tenemos más que saltar abordo, pues no es de creer que los españoles lleguen á recelar de un barco tan pequeño. Así era. Por su parte el capitán español continuaba tranquilamente jugando á los naipes, sin hacer aprecio de las prudentes advertencias; y cuando se le hizo ver que la barca estaba ya encima, y se le propuso preparar dos cañones, nó, contestó; que se prepare solamente la candaliza y los guindaremos.

Un instante despues, los piratas habian saltado ya abordo del navio, armado cada uno con dos pistolas y un cuchillo. La lucha fué terrible; Legrand, aprovechándose de los primeros momentos de estupor, se dirije á la cámara donde se hallaba el capitán, le pone una pistola al pecho y le obliga á rendirse, con lo cual quedó por dueño del navio, vice almirante que era de los galeones, á quien un temporal habia separado de la escuadra.

El ruido de semejante hazaña, vino á aumentar el número de los aventureros; pero amaestrados los españoles por tan dolorosa esperiencia no se dejaron ya sorprender con tanta facilidad. Por de pronto el virey de Perú mandó dar muerte á todos los franceses que se hicieran prisioneros, mas allá del *recinto de las amistades*.

Los forbantes se dieron entonces á expediciones al interior de las tierras.

Luis Scott sorprende á Compeche, y la entrega al saqueo.

El inglés Mausfield, vuelve á saquearla al poco tiempo.

Juan David, holandés, entra tambien á saco á Nueva Granada, sacando un botin de mas de cuarenta mil escudos.

Morgan, del Principado de Gales, jefe que era de los forbantes, llegó á reunir una fuerza de doce embarcaciones, tripuladas por cerca de setecientos hombres, y con ellas sorprendió á Puerto Príncipe, saqueándolo por espacio de quince dias. En una segunda expedicion tomó por asalto á Porto Bello, y obligó á los habitantes por medio de los tormentos más horrosos á declarar los si-

cos en que habian escondido sus riquezas. A doscientos sesenta mil escudos se hace subir el botin que repartió á su gente. Enriquecido y dispuesto á retirarse de la vida pirática, quiso Morgan tentar por última vez á la fortuna. A la noticia de esto nuevos aventureros corren á ponerse bajo sus órdenes, viéndose muy pronto á la cabeza de treinta y siete buques, con dos mil y doscientos hombres. Entonces arboló el pabellon real de Inglaterra y tomó el título de almirante. La isla de Santa Catalina y Panamá fueron los puntos de mira en esta empresa de despendida. La más desdichada fue esta última ciudad, á la cual se le entregó á las llamas, despues de haber sido degollada su guarnicion.

Pedro Franc, Moisés Vanclin, Alejandro (brazo de hierro), Miguel el Basco, Bronage y Montanban, corsarios fueron tambien de intrépido arrojo, que prescindian muchas veces del uso de los cañones por que tragaban mucha pólvora, apoderándose de los buques á tiro de fusil.

Roque de Groningue, sanguinario y feroz, llevaba siempre el sable desnudo debajo del brazo.

Nau, llamado el Olonés, está considerado como el azote del comercio español. Su fortuna habia levantado á tal altura su engrandecimiento, que habiendo apresado una fragata española, mandó acabar con los heridos que encontró á su bordo para castigarlos, decía, de la resistencia que se habian atrevido á oponerle; y cuando supo que la fragata habia sido enviada en su persecucion por el gobernador de la Habana, poseído de un furor satánico, mandó abrir las escotillas y que saliesen los prisioneros, y uno tras otro, al paso que iban subiendo, los fué decapitando con su propio sable; solo dejó uno para que llevase la noticia á la Habana, con advertencia de que continuaria usando de igual tratamiento con todo español que cayese en su poder. Poco tiempo le dejó la providencia al cumplimiento de tan fiera amenaza, pues habiendo sido sorprendido por los indios, y llevado á los bosques, lo asaron y se lo comieron en un festin; digno remate de tan monstruosa existencia.

Montban, conocido por el *estermi-nador*, hombre no menos feroz que Nau, fué el fiel continuador de su sistema de esterminio; solo en una cosa se diferenciaba de aquel, y es que no era codicioso; sanguinario por instinto, buscaba por toda satisfaccion la sangre española.

No así Grandmont, en quien no se puede decir cual de aquellos tantos era más poderoso. El saqueo de Veracruz, que fué la más atrevida de sus empresas, le abona con igual fuerza la posesion del uno y del otro. Un sintoma; el más pequeño